

**EL DESPERTAR N° 12.248**

LA CARCOMA SE ESTÁ merendando los muebles. A cada día que pasa, el tabique del comedor se reblandece y se comba bajo el empuje de una filtración de humedades. Y mientras mi casa y yo enfilamos la senda del caos absoluto, el universo prosigue su andadura hacia la estabilidad definitiva, la pasividad perfecta; un final de historia amalgamado y uniforme donde todo volverá a lucir tan quieto y frío como antes del big bang.

A partir de ahí, a esperar a que la gran pelota de porquería estalle, a ver si por un casual volviera a hacerse la luz.

La puta luz.

Al parecer anoche no atiné siquiera a bajar la persiana. La claridad se empeña en colárseme bajo los párpados y termino por abrir un ojo. En la mesita de noche, el despertador señala las doce menos cuarto. Quince minutos y se arrancará a sonar. Serpenteo con la lengua despejando mi boca de saliva solidificada al tiempo que me debato en-

tre las sábanas tratando de calibrar el mal. La ausencia de jaqueca pronostica que, a pesar del mimo que puse anoche en destrozarme, he salido sorprendentemente bien librado de la juerga.

Por llamarla de alguna manera.

Por el pasillo me llega el burbujear de la cinta de ambient malo que mamá se pone siempre para el Pilates y el yoga.

Joder.

Recuerdo cómo de pequeño, cuando no me quedaba más remedio que vivir en su casa, me hacía quitar mis discos constantemente. ¿Se puede saber por qué demonios tengo yo ahora que soportar los suyos?

Dios, seis meses ya y no consigo acostumbrarme. Si regresar a casa de tus padres supone un paso atrás, que sea tu madre la que pase a hacerte compañía en la tuya equivale a correr los cien metros lisos de espaldas.

El despertador prosigue su avance. Quiero levantarme y no puedo. No es el cansancio cosechado durante la jornada de ayer lo que me mantiene adherido al colchón, sino la fatiga anticipada frente a la que está por empezar. Ojalá se desatara un terremoto y el bloque se zarandeara hasta resquebrajarse y crujir. Ojalá sucediera algo que me disparara la adrenalina y me espabilara de una santa vez. Algo que me devolviera la conciencia de seguir vivo.

O que terminara de una vez conmigo.

Ojalá pudiera caer de nuevo dormido para no tener que volver a despertar jamás.

El sueño eterno no llega, el otro se emperrea en negarme cobijo. Abro un ojo:

Nueve minutos para que el japonés toque diana. Da comienzo la cuenta atrás.

En el fondo, desde que me mudé de vuelta a aquí, mi vida se ha limitado a andar por ahí vaciando platos y lle-

nando retretes. Mis únicos placeres son de origen primario: comida, bebida y la paja ocasional. Vaciar el vientre y los huevos para poder llenarlos otra vez. Cumplir con el ciclo. Anularse mediante licores y sustancias en vanos intentos por fragmentar la continuidad.

Pero todo es lo mismo, más de lo mismo. ¿Cuántas veces somos capaces de repetir un mismo esquema sin que se nos quiebre la cordura? A cada día que pasa, me vuelvo más indolente y más animal. Se diría que he emprendido una regresión en toda regla, que un día de estos, mamá me va a encontrar arrebujado en la cama en posición fetal.

*Ocho.*

Pero al parecer ni siquiera esa paz merezco. La mayor parte del tiempo priman la ansiedad y la confusión.

¿Y qué podría esperarse, dadas las circunstancias? Durante el día cobro por destrozarle el cuerpo a la gente. De noche, me pagarán por conducir a pequeñas multitudes encabritadas a través de un ritual capaz de devastarle el alma a cualquiera. Días en el taller de tatuajes dan paso a noches recorriendo restaurantes y bares en interminables despedidas de soltero. Las borracheras dan paso a las resacas, las resacas a las borracheras. Las epidermis se ilustran, los matrimonios se consuman, el bucle se cierra y vuelta otra vez a empezar.

*Siete.*

Cualquier cosa que hagas más de cien veces, pasa a conformar parte de la normalidad. En serio, haz la prueba.

Pero el ciclo recomienza en seis minutos, y por más que se repita no me amoldo a él. Cuando estoy solo, me asaltan sensaciones idiotas. La cama sobre la que yazgo impide que me precipite a la sima. Un movimiento en falso y estoy muerto.

*Cinco.*

Animo, campeón. Tú puedes. Ahora o nunca.

Me incorporo, me levanto, me echo por los hombros un batín raído que perteneció a mi padre y me arrimo a la ventana. Afuera circulan automóviles que transportan fardos de carne de acá para allá. Amarrados a los volantes, sus conductores viven la ficción de que guían. Si les preguntáramos las razones por las que han emprendido el trayecto, no sabrían qué decirnos. Vista así, a través del cristal, la vida parece un bien sobrevalorado, una herramienta que ya no sirve para nada. Pequeñas miserias nos preservan de tomar perspectiva sobre la miseria mayor. Tú estás en lo tuyo y yo estoy en lo mío. Cada uno tiene sus propios asuntos en marcha, y demos gracias a dios por ellos, porque sin nuestros asuntos no somos nada. Ambos andamos la mar de entretenidos.

*Cuatro.*

Pero qué sucede cuando tus propios asuntos comienzan a sudarte la polla cosa mala. Qué sentido tiene entonces seguir paseando el cuerpo por el mundo, entregándose diariamente a una sucesión de ritos ridículos. La interacción se vuelve una faena, pronto se cansa uno de tanta cara, tanto cuerpo y tanta voz. Por el camino das con este, te cruzas con aquel, intercambias un sinfín de frases que a fin de cuentas no significan nada de nada. La píldora se dora, la caña se canta. Luego se sigue adelante hasta el siguiente encuentro. Puede que alguien se haya levantado con una pena de más y la cosa derive a lo solemne, pero ¿quién querría hacerse oír entre tal escandalera de opiniones idiotas y frivolidades sin sentido?

*Tres.*

Desde que mi relación con Paz se fue al infierno y me vi obligado a venirme aquí, siento como si hubiera entrado en vigor una nueva normativa.

Acepta la vida sin entenderla, porque si sigues ha-

ciendo esfuerzos por entenderla nunca podrás aceptarla, dice esa normativa.

Conque tarde o temprano te ciñes a ella. Y como no encuentras la felicidad, terminas conformándote con *lo otro*.

Después de pasar una temporadita en el cielo, imposible conformarte con vivir en el piso de arriba; pero el piso de arriba se convierte progresivamente en tu hogar a fuerza de vivir en él.

*Dos.*

Los minutos son los únicos lugares de alquiler de los que nadie puede desalojarte. Nadie está dispuesto a hacerlo porque nada de lo que en ellos sucede merece la pena. El siguiente sólo augura nuestro trasvase a otro de idénticas dimensiones y con la misma nulidad de oportunidades que el anterior.

El minuto mengua. El despertador se relame presintiendo que se acerca su momento estelar. El seísmo no llega, la catástrofe sustitutoria no se presenta. La pila de voltio y medio se mantiene fiel a la diminuta placa de silicio, alentándola a hacer su comparativa a cada minuto en punto, proporcionándole alimento. Pronto seré yo quien recorra los circuitos de esta máquina inhóspita que llamamos ciudad para conseguirme el mío.

Una vez más, la circuitería del despertador coteja cifras y esta vez hay coincidencia: superponiéndose al ambiente malo, mi despertador se arranca a disparar sus consabidas ráfagas de pitidos. Un mensaje gritado en un idioma percusivo y desagradable que trae noticias más desagradables aún:

Son las doce de la mañana. Comienza un nuevo día.



## LA JORNADA LABORAL N° 2.919

SPIKE SIEMPRE DICE que es de por sí un milagro cruzar la treintena sin estar herido de muerte en la cabeza. Dice que no son tanto las miserias por las que hemos tenido que pasar —que también— como el recorrido que nos queda por cubrir. Una mirada atrás corrobora que, por más que el naufragio se augure inminente, no hay gran cosa que merezca la pena rescatar. Acaso aquellas primeras ilusiones que durante la niñez veíamos brillar a lo lejos y que nos alentaban a apresurarnos para llegar cuanto antes a la madurez. Ahora que tenemos los cajones llenos de caprichos, ahora que nos hemos pasado mañanas, tardes y noches follando hasta caer rendidos sobre el colchón, emborrachándonos hasta caer inconscientes de cara al suelo, vemos que no había para tanto. Rebasadas las ilusiones hace ya tiempo, nuestros logros han pasado a engrosar un archivo emotivo y simpático pero carente de utilidad práctica. Las motivaciones de hoy son destellos mortecinos que ya no iluminan

la ruta, conque muchos optan por aminorar la marcha. Se refugian en vidas ordenadas y aguardan atrincherados en el día a día a que suceda algo que merezca la pena. Esconder la locura en el sótano y pisar con fuerza la trampilla forma parte del contrato. Sonreír mucho, decir gracias a todos, qué te voy a contar.

Cada curso es una etapa cuando eres niño, pero un día u otro, el ciclo escolar toca a su fin. A partir de los treinta, todos somos repetidores.

Precisamente hoy Antonio se une al club. Así me lo ha recordado Spike cuando ha llamado sobre la una al taller para avisar de que hoy tampoco vendría a trabajar. Al parecer, ha vuelto de su último viaje por el sudeste asiático con una enfermedad que le ha mantenido postrado en cama durante la mayor parte de la estancia y que todavía le está pegando duro: se ha pasado el día cagando y vomitando como una fuente bidireccional. Desde el otro lado de la línea le he escuchado maldecir muchas veces seguidas a Corea, a los coreanos y a la madre que los parió a todos.

—¿Que no ves que ya no tienes edad para estas cosas, hombre? —le he dejado caer.

—Guárdate los consejos, que para ser viejo siempre tienes tiempo —ha respondido con voz cascada Spike desde el otro lado de la línea—. Y no os columpiéis aprovechando mi ausencia, que os conozco. Y lo dicho, que no se te olvide felicitar de mi parte a Antonio, ¿vale?

—Que sí, que ahora mismo. Ya puestos, ¿le pregunto si va notando ya cómo la chifladura se le encarama a la azotea?

—No seas cabrón, que una cosa es especular sobre los desarrollos vitales y otra putear al personal.

Le he preguntado entonces si recuerda que mañana soy yo quien se marcha de viaje, que no vuelvo hasta el domingo.

—Me acuerdo, me acuerdo. Tranquilo, que Antonio ya se las apañará, y el virus lo pelo yo durante el fin de semana. Y oye, hazme un favor: a ver si vuelves más relajado, que últimamente traes al trabajo una cara que nos estropea el día a todos, ¿estamos?

Estamos. Y gracias al recordatorio de nuestro paternal capataz, Antonio ha sido formalmente felicitado en nombre de los dos en el día de su trigésimo cumpleaños. A cambio, me ha dedicado una sonrisa, me ha dado las gracias, y luego ha seguido escarbándose el luto de las uñas con un palillo.

La mañana ha sido floja y hemos aprovechado para barrer la tienda. Apenas hemos intercambiado un par de intrascendencias verbales, lo cual no deja de ser curioso. Es como si Spike ejerciera de nexos, como si en su ausencia no tuviéramos forma de interactuar.

A las tres hemos salido a comer un bocata. Antonio me ha contado que Marcela y él están pensando en comprarse un piso. El contrato de alquiler expira en breve y Antonio está harto de convivir con el publicista, que es un puto guarro. Habrá que apretarse el cinturón y Marcela tendrá que hacer horas extra en el hospital, pero en cualquier caso ya va siendo hora de irse a vivir juntos...

—...de sentar cabeza un poco, ¿sabes?

Está pensando incluso en dejar de trapichear con chocolate, no fuera la cosa a terminar mal.

He aprovechado el momento para tantearle:

—Ya te digo, que con lo que cobramos en el taller, ¿eh? Sería cosa de que le fuéramos pidiendo un aumento a Spike.

Tanteo fallido: Antonio no se ha dado por aludido.

Si es que ya tenemos una edad, ha dicho enlazando con su discurso inicial.

La sentencia ha quedado colgando en el aire entre

nosotros. ¿Qué le iba a contestar? Después de todo, no estaba recabando mi opinión, sino pidiendo mi aprobación y, aunque se me ha quedado mirando largamente, no he sabido dársela. En parte, porque no soporto a esa novia argentina suya. En parte, porque la búsqueda de la redención a través de un esquema parecido al suyo se reveló catastrófica para mí. Y luego está la vertiente puramente económica del asunto: la nómina corrobora que un año de tu vida cuesta bastante menos que un automóvil de precio medio. ¿Acaso resulta más rentable entregar un par de décadas a cambio de cuarenta metros de gres y un techo?

Dios sabe que cuando estás enamorado las cosas se ven de manera diferente. Sólo que a la que comienzas a entrever los mecanismos que propician y mantienen en marcha cariños y devociones, la maquinaria comienza a crujir y a chirriar. Cuando finalmente se cala, no hay dios que la haga arrancar.

—No sé, Antonio, tío. Precisamente yo estoy pensando en venderme el piso.

—¿Pero tú no vivías con tu madre?

—Sí, pero el piso es mío. Lo compré hace unos años y, cuando me fui a vivir con Paz y se quedó vacío, la vieja se me apalancó allí. Con la pensión de viudedad apenas le llegaba para pagar su alquiler, conque imagínate. Allí sigue.

—¿Paz también vivía de propiedad?

—El piso se lo regalaron, sí. Una tía rica suya lesbiana que vive en Francia y que está forrada.

—Bueno, da igual, ¿y para qué te vas a vender el tuyo?

—Porque no llego a fin de mes, así de claro. Tres años de hipoteca llevo pagados, hasta veinticuatro echa cuentas.

—Es una mala jugada, tío —dice Antonio negando con la cabeza—. Se revalorizará a cada día que pase, intenta aguantar.

—¿Con la mierda que me pagan aquí? ¿Y por qué te

crees que me cogí además el curro de las noches? Pero es que ni así, tío, que no puedo. Y para que se lo termine quedando el banco, mejor lo revendo y recupero el dinero más un superávit. Tal como están las cosas, es la única opción que tengo. Lo que quiera o deje de querer es lo de menos. El hecho es que no puedo andar jugando al pequeño capitalista, y cuando no se puede no se puede y ya está.

—Ya habrás visto cómo están los alquileres.

—Pero al menos durante unos meses podré vivir sin angustias. Luego ya saldrá algo.

—Qué mal. ¿Y tu madre se vendrá contigo?

—Yo qué sé, tío. No lo quiero ni pensar.

—A menos te cocinará y tal.

Asiento propinándole un muerdo al bocata, pensando en qué no daría por poder prepararme yo mismo la sopa boba, qué no haría por librarme de mi comensal. Y de sus muebles roñosos, y de toda la porquería que se trajo por aquello del no tirar. Naturalmente, cuando accedí no podía imaginar que mi relación con Paz se podía ir al infierno, mucho menos los efectos devastadores que aquel paisaje de maderas carcomidas y oscuras iba a tener sobre mí.

Qué lejos quedan aquellos días. Por aquel entonces, la vida era benigna y no se notaba, parecía que fuera a seguir así para siempre.

Sí, quién podía imaginar que en el futuro acechaba la ruptura. Que a continuación llegarían los ataques de nervios y más tarde la baja por depresión. Fueron tres meses a lo largo de los cuales la distribuidora en la que trabajaba decidió que podía pasarse sin mí. Junto al alta, recibí la carta de despido, el finiquito y el hala, no hace falta que vuelvas.

Conque ahí estaba yo: sin novia, sin trabajo y sin ganas de respirar. He ahí los resultados de mi ingenioso plan vital.

¿Cómo voy pues a andar por ahí repartiendo bendiciones y enhorabuenas visto el percal?

—¿Por dónde es? —pregunta Antonio sacándome de mi ensimismamiento.

—¿Eh?

—Que por dónde está la casa.

—En la calle Gignás, por el barrio gótico —respondo.

—Uy, qué va. Nosotros estamos buscando por l'Ei-sample.

Antonio se ha creído que le estoy haciendo una oferta.

—Lo que quiero decir —aclaro— es que lo penséis muy seriamente y que os aseguréis de tener los números claros antes de embarcaros en según qué. Y que te asegures también de tener una alternativa en caso de que las cosas salgan mal. Sólo por si acaso.

Antonio interpreta mi invitación a la precaución como un designio de mal agüero y me tuerce la cara. No añadido nada más. Nos acercamos a la barra a pagar y la cuenta queda saldada. En adelante, el tema no se vuelve a tocar.

La tarde transcurre larga y tediosa, de modo que Antonio y yo nos dedicamos a esterilizar los equipos. A las siete, me pregunta si me importa que hoy salga un poco antes.

—Anda, lárgate y celébralo, que ya me quedo yo a cerrar —respondo.

Una llamada al móvil después, Marcela pasa a recogerle. Media hora más tarde, bajo la persiana, echo el candado y me marchó sintiéndome el último hombre vivo en la tierra, un fantasma que camina por un paisaje devastado. A nadie importo, y los cables que me vinculaban a quienes me importaban están tazados, rotos. Imposible reestablecer conexión. Los minutos se confunden con los meses. Abril no está resultando particularmente caluroso, y la quinta ola de frío del invierno se está haciendo notar. Me desanudo la

chaqueta de la cintura y me la calzo mientras la calle serpentea del revés. Cruzo aceras y pasos de cebra, los brazos a los lados, los pies por debajo, la mirada al frente, un cigarro quemando entre los labios, lo de siempre.

Un motor eléctrico tira del cable y mi persona física asciende por el hueco del ascensor como un beato en estado de gracia.

Abro la puerta.

El gélido clima que reina al otro lado ratifica que una vez más el butanero ha sudado de nosotros. De la cocina llegan efluvios de pimientos fritos.

—Hola, mamá —saludo al vuelo camino de mi cuarto.

Tras un intervalo de silencio, mamá pregunta a gritos desde su cubículo si me voy a quedar a cenar.

Desde mi extremo de la casa, le doy un sí mientras rescato la maleta de debajo de mi cama. Es la cama monoplaza de quien avanza sin copiloto por un circuito hostil.

Pongo un disco en el estéreo, abro el armario, empiezo a apilar.

Al volverme para embutir una nueva remesa de camisetas en la maleta, percibo una presencia en el cuarto. La paranoia primaria se impone al sentido común y me llevo un sobresalto. Desde el rincón noroeste de la habitación, mi madre aguarda toda tiesa a que se le preste atención.

—Mamá, joder. Que te tengo dicho que llames antes de entrar, hombre.

No hay réplica, así que agarro otra camiseta más y la archivo en mi equipaje. Me conozco esa expresión y no estoy seguro de estar de humor para lo que vendrá a continuación. Está tensa e intranquila, por más que se afane en fingir naturalidad. Secándose las manos con un trapo de cocina, dice:

—Esta tarde ha venido un señor. Decía que venía a tasar.

Genial.

Asiento con un murmullo y prosigo apretujando ropa. No cabe.

Tampoco cabe esperar que la cosa termine ahí. Y efectivamente:

—A tasar el piso. Dio tu nombre.

A ver cómo explicamos esto:

—No, ya. Es que hablé con una inmobiliaria. Se suponía que iban a llamar primero. Quiero decir, quería hablarlo contigo antes, pero ya ves. Llamas, vienen y te lo tasan gratis, ¿sabes?

—No le he dejado pasar.

—Me parece muy bien. Me dijeron que llamarían primero.

—Dicen que volverán a llamar. Les he dicho que pregunten por ti, que yo no quiero saber nada de toda esta historia, sea lo que sea.

—Ajá.

—¿Tienes pensado vender el piso?

—¿Eh? Cómo lo voy a vender si aún no está del todo pagado, mujer.

Me mira muy fijamente y dice:

—Si no piensas venderlo, ¿por qué lo haces tasar?

—¿Eh?

—Digo que si no...

—Por saberlo. Por saber cuánto vale ahora.

Mamá sigue tiesa ahí. No dice nada.

Llegado mi turno de aparentar normalidad, me encojo de hombros y sonrío, pero mi actuación es pésima. Dando la conversación por zanjada, abro el cajón de los gajumbos y comienzo a revolver.

—Por saberlo —parafrasea mi madre.

—Joder, pues claro que es para saberlo, mamá —repongo levantando la mirada de la cajonera—. Son cosas que

se revalorizan día a día. Tener claro con qué cuentas nunca viene mal, y uno nunca sabe cómo van a venir dadas, ¿sabes lo que te digo?

—Sabes que si te deshaces del piso no encontrarás otro igual.

—No, ya.

—Ni me has preguntado. Nunca cuentas conmigo para nada.

—Sí, mamá.

—A mí me gusta este piso —declara mamá, para que conste en acta.

Levantar la mirada de los gayumbos ha sido un error. Mamá me la sostiene y me petrifica en el sitio. Duda entre decirlo o no decirlo. Pero al final lo dice. Si no lo dijera, tendría que echarla a empujones de casa, por impostora.

—Irse de vacaciones a Portugal no es la mejor manera de ahorrar.

No pienso contestar a eso.

Me refugio en mi faena como un niño asustadizo.

En vista de mi mutismo, mamá se retira en silencio, dejando tras de sí una estela de suspicacia y malestar.

Pronunciando una maldición inaudible, estrello un par de calcetines contra la pared y me esfuerzo en que mi respiración recupere su ritmo normal.

Hostia puta con los de la inmobiliaria.

Y hostia puta con la vieja.

—¿Cuándo ha sido la última vez que me he dado un capricho, mamá? —grito en dirección al pasillo.

Ahora es ella la que me aplica la ley del silencio.

—¡¿Eh?! —insisto.

Su respuesta es un murmullo lejano y resentido, imposible de descifrar.

El derrumbe amenaza con concretarse, pero a estas alturas sé bien que concentrarse en pequeñas tareas es una

de las claves para darle esquinazo. Con un suspiro, me pongo en pie y me llevo junto a la mesita de noche. Recojo el par de calcetines que acabo de lanzar y sigo haciendo la maleta. No paro hasta terminar.

Entretanto, por la casa van resonando percusiones metálicas de sartén. En la cocina los pimientos son relevados de su calvario. Da comienzo entonces la fritanga de cebolla, y a continuación, más crepitares de grasa y el olor inconfundible del cerdo puesto a freír.

A cenar, dice mamá al cabo de un rato.

...un incremento de los tipos de interés, dice la tele de nuestra vecina, la sorda.

Entonces mi madre pulsa un botón y la engullen los altavoces de la nuestra.

A todos nos gusta hacer el cabra de chavales, pero ya no somos chavales, y a la que te descuidas llegas a viejo sin tener dónde caerte muerto, ha dicho Antonio esta tarde, antes de darle el trago de gracia a la última cerveza.

Durante la cena, los masticares de salchichas y escalibada se encargan de enmascarar los silencios, la televisión se ocupa del resto. Según dicen, la comunión durante la deglución alimentos es uno de los primeros signos de civilización. No se habla con la boca llena, y en este sentido cabe reconocer que la maquinaria social hace bien en señalar estos momentos como los más propicios para el encuentro. El zampeo como substituto del palabro, ¿cabe esperar algo mejor? Porque silencio es tensión, y silencio comporta desplazamiento, y nadie quiere sentirse tenso ni desplazado. Lo primero que se inventa la tribu son tambores, potingas que coloquen y cánticos que berrear. Los restaurantes, las discotecas, las salas de fiestas: allí es donde nacen los romances, donde se cierran los negocios, donde la vida tiene lugar. Sin ellos, nos veríamos abocados al parloteo a palo

seco, a abrir la boca a ver qué sale. La civilización se iría al carajo en cuatro días.

Así vamos dando cuenta de nuestros manjares mamá y yo: ordenadamente, educadamente; en silencio.

Así transcurre la vida en una casa donde el televisor se pasa el día hablando, donde el desorden y la suciedad campan a sus anchas, una casa en la que por más que sea mía no consigo encajar. Una casa que no cobija más que malos recuerdos y que no da sino problemas. Una casa que he aprendido a odiar.

Spike, por su parte, sostiene que la higiene y el orden son dos claros síntomas de suciedad y desorden mental. En ese sentido, seguimos a salvo.

Las facturas se van acumulando junto al teléfono. Son una bomba de relojería azuzándome a actuar en mi momento más bajo, amenazando con estallarme en la cara. Tienes que hacer algo, me gritan desde la mesilla.

Los pobres no tenemos derecho a la melancolía. Siempre hay cosas que hacer y preocupaciones con que llenarse la cabeza, y para cuando la tristeza aflora, se ha convertido ya en rabia. La condición de adulto es una ocupación en sí misma. Mi vida es una sucesión ininterrumpida de molestias.

El baño huele a podredumbre, endulzada por los limones salvajes del ambientador. El calentador lleva desmadrado desde hace meses, y cómo llamar a un lampista que no puedo pagar. Alternamente, me cuezo y me hielo bajo la ducha hasta que decido claudicar. Desde el espejo del baño, me espía un voyeur con el que no quisiera tener nada que ver.

Así es como me siento: mermado y absurdo. En verdad hubo una época en la que las cosas tenían sentido. Y si no lo tenían, estaba la promesa de que lo cobrarían algún día. Ahora sé que nada va a mejorar.

De vuelta a mi habitación, cierro la maleta y dejo la ropa lista para el madrugón de mañana. Una llamada perdida parpadea en la pantalla de mi móvil. La máquina rescata el nombre de su remitente de la agenda y me lo muestra.

Es Paz. Borro el registro sin contestar.

Además, según me informa la máquina, tengo dos llamadas perdidas de Sara.

## EL TRAYECTO EN AVIÓN Nº 16

LOS TRÁMITES DE FACTURACIÓN y embarque para tomar el avión de regreso a Barcelona resultan tan sencillos que uno puede tranquilamente delegar de la parte reptiliana del cerebro, cederle el piloto automático al inconsciente y apalancarse en el lóbulo frontal a cavilar. Andamos montados en un mundo que funciona solo, siempre y cuando no te desvíes de la ruta. Obediencia ciega y automatismo, opina el que cavila mientras el automatizado transita como un borrego del mostrador de facturación a la terminal, de la terminal al cacharro volante.

Si algo no me apetece ahora es hablar. Al tercer monosílabo, mi compañero de viaje ha parpadeado veloz y se ha refugiado en el catálogo del Duty Free. El interrumpido chorro de estática aeronáutica resopla y zumba a nuestro alrededor, dotando al instante de una calidad espacial. La amalgama de celestes y blancos de la ventanilla conforman una croma perfecta donde proyectar gráficos y sacar con-

clusiones, una pizarra donde divagar por escrito lo que hemos sacado en claro de este breve paréntesis de cuatro días.

La primera conclusión dice así: Lisboa te quita Barcelona de los entornos, pero dentro sigues estando tú.

Tal y como sospechábamos, nos hallamos frente a un problema cuya causa y solución anidan en el propio cráneo.

Acotado queda el perímetro de búsqueda. Pero la azotea es un poco como mi casa: está llena de porquería.

Se supone que un cambio de aires es lo mejor a la hora de tomar perspectiva. Apeado del círculo vicioso y alejado de las distracciones que impiden pensar con claridad, nada parece tan grave; eso es lo que dice siempre Spike.

Por mi parte, pasar cuatro días sin cruzar palabra con nadie como no fuera para pedir un billete de tranvía o más pan, me ha permitido reconcentrarme en mí mismo hasta un punto en que he creído que iba a volverme loco.

Mi compañero de viaje sigue con la mirada aparcada en el catálogo, la pamplina sin descalzar del rostro. Viéndole tan apacible, casi siento ganas de que prosiga con su revisión del cliché. Que diga algo como: ¿Negocios o placer?

¿Y qué diferencia hay? Vas a Lisboa, vuelves de Lisboa. Cambias el organismo de sitio y luego lo devuelves al cubículo inicial. A la magia se la llevó la grúa. ¿Qué está pasando?

Nada. Absolutamente nada. Las cosas son así y punto. A ese respecto cabe reconocer que mamá le ha llevado siempre la delantera a la comunidad filosófica mundial.

En otro plano de la realidad, la megafonía actúa y nuestro comandante de a bordo comenta que en breves instantes vamos a tomar tierra. Como si no anduviéramos ya todos con la boca llena.

Conque aquí me tienen, dándole vueltas y vueltas a la perla mientras el personal se pone en pie y comienza a retirar sus equipajes. Como de costumbre, a la salida se forma

un tapón del carajo. Ansiedades y prisas como común denominador universal.

Da la impresión de que desde la pensión de Lisboa al umbral de mi casa hayan transcurrido apenas un par de minutos. O un par de años. En mi estado, el tiempo se abomba y retuerce y ya no hay forma de medir. El ascensor actúa y ya estoy de nuevo en mi hogar. Arrojando la maleta a un rincón de mi cuarto, caigo rendido en la cama, agotado de compartir cabeza conmigo mismo. Al poco, se escuchan ruidos en la puerta de entrada. Mi madre irrumpe en mi cuarto. Con la bolsa del supermercado aún asida, pone los brazos en jarras y se apresta a disparar.

—Bueno, ya tenemos aquí al viajero. ¿Qué tal por Lisboa?

—Bien —respondo sin incorporarme, pero al parecer no estoy sonando convincente.

—¿Bien bien o bien regular?

—Bastante bien. Bien. Muy maja la ciudad. Toda llena de cuestas y tal.

—¿Conociste a alguna portuguesa?

—No conocí a ninguna portuguesa, mamá. Y por favor, antes de entrar, acuérdate de llamar.

—¿Y Sintra? ¿Fuiste a Sintra?

—Fui a Lisboa, mamá.

—Está a sólo media hora, tendrías que haber ido a Sintra. Se conoce que es precioso.

Mis labios comienzan a pulsar con fuerza el uno contra el otro con tal violencia que mi cabeza toma la sabia decisión de replegarse al rincón del silencio.

La de mamá no. Toda ella se convierte en una boca que se abre y dice:

—¿Y ya está? ¿Eso es todo lo que tienes que contar?

—Para cuatro días que estoy fuera, paso de andar per-

diendo el culo de un lado para otro. Si quiero instruirme, me compro un libro. He ido allí a relajarme, mamá.

¿Y sabes qué? Que ha sido un puto desastre, mamá. Que las mismas ganas que tenía de largarme el día de la partida, las tenía de regresar al segundo día.

Pero son cosas que no se dicen. La creencia de que el primer impulso es siempre el más acertado, catapultada cada día a millares de individuos a una existencia solitaria y espantosa.

¿Como esta, pongamos por caso?

Que si estoy relajado, pregunta la tía.

—Relajadísimo, mamá, ¿que no me ves? Déjame descansar, porfa.

—Por cierto, anteayer te llamó Sara. Que dice que la llames.

—Ajá.

—Y tienes un mensaje de Josefina. Llamó ayer diciéndote que tienes un turno que cubrir esta noche.

—Por favor, mamá, haz el favor de no escuchar mis mensajes... ¿Esta noche? Pero si ya le dije que llegaba hoy.

—Qué voz más bonita tiene. La podrías invitar a cenar.

—Tomo nota de tu sugerencia, mamá.

Desde el buzón de voz, Fina me informa de que Joaquín se ha puesto malo y me pregunta si la puedo llamar. Hay un grupo concertado hoy a las nueve y media y nadie puede cubrirlo. Si puedo hacerlo yo, lo considerará un favor personal, dice Fina.

El otro mensaje es de Spike; se alegra anticipadamente de que el viaje me haya levantado los ánimos y me recuerda que mañana a las doce tengo que estar en el taller.

En la ducha, el espejo acecha. Mejor no mirar.

Limpio y aseadito, llamo a Fina para confirmarle mi suplicia e informarme del punto de reunión.

—Gracias, Leo, te debo una —dice antes de colgar.

El resto de la tarde lo paso en la cama, esforzándome en dormir una siesta que se niega a concretarse. En una última intentona por relajarme, termino poniendo la cinta de ambient de mamá. Lejos de transportarme a apacibles paisajes marítimos y naturalezas vírgenes, los chapoteos del elepé me traen a la cabeza una imagen surreal. En ella, un ingeniero de sonido articula los trípodes orientando los micrófonos en dirección a la bañera. Luego se sienta en el borde y se arremanga la camisa. Con los auriculares puestos, sumerge los brazos hasta el codo y remueve las aguas con violencia, la pantalla de cristal líquido de su reloj de pulsera destellando al fondo.

Los osciloscopios acusan recibo del audio y la unidad de DAT comienza a grabar.



## LA JUERGA N° 1.514

MORFEO NO SE HA PORTADO y la casa se me venía encima, con- que desde las nueve en punto llevo en el restaurante ha- ciendo barra. A la pareja que compartía una botella de vino a mi derecha, la han acomodado minutos después, y en la ristra de taburetes hemos quedado tres treintañeros y yo. Dando por supuesto que los tres pertenecían al grupo que estoy esperando, he preferido aguardar a que diera la me- dia para identificarme.

Dos de ellos han pasado a las mesas al acabarse sus copas.

El tercero ha renovado cerveza al terminarse la suya.

Conque ahí estamos los dos, abstraídos en nuestras cosas.

El tipo establece contacto visual conmigo y frunce el ceño. Le hurto la mirada para preservar mi aislamiento, pe- ro el tipo sigue escrutándome hasta que finalmente me se- ñala con el índice y dice:

—Yo a ti te conozco.

¿Ah, sí?

Flashback al canto:

El del pelo pincho es el menda diecisiete años atrás. Junto a él camina un tal Ernesto. Luce una cresta que, merced a la acción viento y a un engominado defectuoso, ondea apelmazada de medio lado. Ridículos y orgullosos, Ernesto y yo empujamos el portalón, salimos del instituto y nos vamos al parque a fumar un canuto. Tenemos dieciséis y diecisiete años respectivamente. Cada paso que damos es un pisotón en la cara de la generación previa; cada mueca, una provocación y un aviso de que estamos aquí para quedarnos. Vestimos raro para demostrar que nos cagamos en el sistema, y menudo subidón nos da cuando nos ponemos de gala, con pulseras de pinchos y todo. Poco podíamos sospechar entonces que la sensación de calzarse una chupa de cuero y sentirse el amo del mundo no volvería a repetirse; mucho menos que la de sentirse solo e insignificante y permanentemente agraviado llegaría a multiplicarse con los años hasta abarcar el día de cabo a rabo.

Nunca se me han dado bien las caras, y basta con que me pidan la descripción de alguien a quien acabo de conocer y con quien he pasado media hora charlando para que me quede en blanco, incapaz de recordar un solo detalle destacable.

Dos ojos, una nariz y una boca. Todo resulta bastante monótono.

Y sin embargo, no recuerdo haber vuelto a ver otra cabeza que replique tan perfectamente el huevo que Ernesto sostenía sobre los hombros como esta. Cuando su comisura bucal izquierda traza su línea característica, sé que tengo que preguntar:

—Joder... ¿Ernesto?

Efectivamente, aquí le tenemos en pleno siglo XXI,

con su camisa y su americana, la raya a la izquierda para fardar. Gracias al escalón que separa nuestras posiciones en la barra, advierto que luce en la coronilla un círculo de carne de cinco centímetros de radio; frente ancha y entradas prominentes comienzan a hacer piña para anunciar a los cuatro vientos el advenimiento de la calvicie. Sus ojos todavía sonríen como cuando se metía con los peques en el instituto. Siguen dando la impresión de andar descojonándose de un chiste secreto. Su indumentaria, su pulcritud y la ausencia de esas marcas que el sufrimiento deja siempre impresas en el rostro, parecen indicar que Ernesto se ha convertido en una persona razonablemente feliz.

Por más que también yo me haya adecentado para la ocasión y que mi coronilla siga a cubierto, temo que mis marcas me delatan como lo que soy.

—¡Premio para el caballero!

Ernesto, según me cuenta, pasó tres años en la facultad de Derecho, pero finalmente lo dejó y su padre le enchufó en la empresa, una pequeña cadena de academias de informática. Luego la empresa se declaró en suspensión de pagos y finalmente en quiebra, y Ernesto se pasó a trabajar para la competencia, más precisamente para una de las multinacionales de cursos interactivos que habían terminado con el negocio de su viejo.

—Ah. Pues bien, ¿no?

—Bien, bien —dice Ernesto—. Llevo la gestión de activos, jefe de departamento y tal. Pero tío, Joder, qué punto encontrarte aquí. Y ahora sí que vas a flipar: me casé con Ángeles. Ángeles Linares, te acuerdas de ella, ¿no?

Naturalmente que me acuerdo de la Linares, aquella gafotas desgarbada a la que nadie prestó atención hasta que comenzó a echar curvas, ni siquiera las otras niñas. Para cuando comenzamos bup, estaba ya requetebién, pero a efectos prácticos seguía siendo para todos una chica extra-

ña y solitaria. Fue precisa una etapa de transición para que pudiéramos jubilar la imagen de la empollona rara que guardábamos en nuestras cabezas y sobreescribirla con aquella que ahora cruzaba las cachas bajo el pupitre en el mundo real. Para cuando Ernesto y yo concluimos el exorcismo, Ángeles estaba como un tren. Con la hermosura llegó por fin el reconocimiento de sus compañeras, y con el reconocimiento, aquella niña huraña se convirtió en una señorita jovial. Ángeles era ahora popular, y brillante, y bella, y si durante años apenas le habíamos dirigido la palabra por miedo a desobedecer esa normativa tácita que prohíbe toda interacción con marginados —excepto mofas y putadas—, ahora seguíamos sin dirigírsela por su inaccesibilidad.

Ángeles terminó además liándose con un veinteañero que encima tenía coche, lo cual nos dejó a todos fuera de competición.

—Bueno, no creas, pasaron muchos años antes de que nos volviéramos a ver, fue de puta casualidad —explica Ernesto—. Un poco como lo que nos acaba de pasar, aunque menos, porque nos reencontramos por primera vez en la reunión de ex alumnos... a mediados del 94 sería. A todas estas, ¿por qué no fuiste? ¿No te avisó nadie?

—¿Eh? Sí, sí, me llamó la Berta. Pero no fui.

—¿Y eso?

—No sé, me daba un rollo raro. ¿Qué tal estuvo?

Al parecer bien, porque durante la cena a Ernesto le tocó sentarse frente a Ángeles y la tipa le enrolló cantidad:

—Estaba guapísima, y aquello que decíamos de que no era como las otras tías buenas, ¿sabes? Tenía carácter. Ser el pringado del instituto le marca a uno, de eso estuvimos hablando aquella noche. Por aquel entonces yo no salía con nadie y ella tampoco, pero no me atreví a tirarle la caña y por poco se me escapa. Pasé meses maldiciendo-

me por no haberle pedido el teléfono. Pues en estas que me la encuentro en el Charlie's.

—¿En el qué?

—El bar al que vamos con los amigos y tal. Fue ella la que me reconoció y me entró, lo cual me dio buena espina. Y efectivamente, a partir de ahí fue todo rodado. La invité a una copa y como en las películas, tú, de puta madre. Te acuerdas de ella, ¿no?

¿Que si me acuerdo de ella?

Un beso suyo hubiera bastado para que servidor entregara gustoso su brazo derecho.

Y entonces ahora tendría un brazo menos, además de una calva incipiente y la mirada alelada por una felicidad sedentaria, como Ernesto.

Qué más quisiera yo.

—Joder, qué fuerte encontrarte así —dice—. Bueno, no sé, ¿y tú qué has hecho? Lo tuyo también iba encaminado a las maquinitas, ¿no? —pregunta.

—Sí, bueno, después del cou me matriculé en la facultad de Informática pero me chingaron, conque terminé pasándome a la efepé. Luego anduve en curros relacionados con ordenadores, administrativo y tal. En fin, de todo un poco. Al final acabé en las oficinas de una distribuidora.

—Bueno, está bien, ¿no?

—No, qué va, si lo dejé. Me cansé de los horarios cerrados, y uno que conozco del barrio me metió en un rollo de tatuajes. En el taller me enseñaron el oficio y ahora el grueso de la pasta me entra por ahí. La verdad es que voy un poco cuando quiero y resulta bastante cómodo, pero me tienen de aprendiz y por más horas que haga, a final de mes echas cuentas y la cifra que sale no se parece en lo más mínimo a un sueldo. Probablemente tenga que dejarlo tarde o temprano. O sea, que si sabes de algo...

—Anda que no, qué paranoia. ¡Tatuador! Ya te pega,

con aquellos dibujos que hacías. ¿Y sabes algo de la peña? Me dijeron que a Román... —pero entonces irrumpen en la escena tres individuos que llevan bastantes copas de más.

—¡Ernesto, cabróon! —gritan los energúmenos abrazándose a mi ex compañero. Sus actitudes les delatan como inequívocos integrantes del grupo que me toca capitanear.

—Eh, qué pasa, qué horas son estas de llegar —protesta Ernesto consultando su reloj.

—Venimos del Charlie's y no había forma de que nos cobraran. Hemos estado entonándonos y tal, para que el evento no nos pille en frío.

—Perdonad —interrumpo—. ¿Alguno de vosotros es Manuel Romero?

Manuel, no falla, es el que trae más alcohol en la sangre y menos alegría en el corazón. El chaval tendrá nuestra edad y lleva una camiseta con una foto desenfocada de su propio careto que reza: «Pronto seré normal». Me presento como Leo Rodríguez, trabajador de *Fiesta*, conductor y acompañante en la despedida del Manel.

—Un placer —dice Manel sin experimentar placer alguno.

—Eh, que además Leo es colega mío del instituto, tío —añade Ernesto.

—Cojonudo, eh, cojonudo —farfulla Manel mientras pedimos otra ronda de cañas.

Los otros dos borrachos atienden por César e Ismael, y sus antagonismos en tamaño y complexión les confieren la apariencia de una pareja cómica clásica, donde César impondría al gordo fortachón y escandaloso, Ismael al mequetrefe tímido y esmirriado.

Un tal Jorge se presenta diez minutos más tarde acompañado de tres beodos más y anuncia que ya estamos todos.

—¿Y los otros? ¿Y Luismi? —pregunta el Manel.

—No han podido venir.

—¿No va a venir nadie más? —insiste contrariado abriendo mucho los ojos.

—No sé... supongo que no, porque a la peña del fútbol la tenía que avisar él, y esta semana me he hartado de dejarle mensajes, pero ni caso. Creo que mañana temprano tenían partido.

Los ausentes son vituperados hasta la náusea en una intentona por consolar a Manel, y yo informo al maître de las vacantes. Finalmente nos acondicionan una mesa resguardada tras unas mamparas y la cena da comienzo. La estancia interior del restaurante es un hervidero de despedidas de soltero, con biombos que se alzan por doquier para cobijar las vergonzosas escenas que detrás de cada uno de ellos están teniendo lugar. No alcanzan sin embargo a compartimentar el audio, y pronto nos vemos chillándonos unos a otros para hacernos entender. El champán empieza a correr, y los que andan rezagados se afanan en empinar el codo a brazo partido para ponerse a la altura de sus amiguitos. La escandalera es abrumadora, y el reencuentro con Ernesto me ha desatado tal reacción en cadena de nostalgias que, a pesar del cansancio, me animo yo también.

También Ernesto, sentado frente a mí, parece definitivamente más motivado por mi presencia que por la encrucijada de diálogos que tiene lugar en el resto de la mesa.

—...los Parera, ¿te acuerdas? —dice Ernesto—. Bueno, pues el hermano pequeño se ve que se sacó medicina y se fue a Madagascar a ayudar a los leprosos, ¿no? Pues va el tío y pilla la lepra, ¡hostia puta!, y eso que las posibilidades eran mínimas, ¿te lo puedes imaginar?

—Fuah, qué mal rollo —digo, aunque una lepra en África contraída tras una juventud de safaris y aventuras no deja de parecerme exótica y no exenta de cierto atractivo.

—Y eso que te decía, ¿te ves aún con Román o alguien?

—Qué va. No, no, estuve una temporada saliendo con Mateo y compañía, pero les perdí la pista, y de eso debe de hacer ya diez años largos.

—Joder, así que además de tatuar haces esto. La combinación suena un poco demencial.

—Ya, bueno, digamos que estoy en un período semi-sabático, de transición. En la distribuidora me tiré cuatro años largos, y ya digo que entre una cosa y otra terminé bastante quemado. En el fondo lo de las despedidas de soltero es un poco lo de siempre: sales por las noches y haces el cabra, sólo que cobrando. Algo así como ser fiestero profesional.

El camarero trae una perola de vichisú y Ernesto se sonríe y me señala con el dedo, como si acabara de llegar a una conclusión brillante.

—Así que de juerga cada finde, ¿eh? Eso es que sigues soltero —dice.

—¿Eh? Sí sí. En fin, he tenido mis rolletes y tal.

—¿Algo serio?

—Estuve viviendo con una tipa durante tres años, pero hace unos meses todo se fue al garete.

—¡A tomar por culo, que como mejor se está es soltero! —salta de pronto César, irrumpiendo en nuestra conversación; y orientándose hacia en agasajado, le pregunta—: ¿Sí o no?

Encogiéndose de hombros, bolinga y aplanado, Manel se tambalea en su silla, una copa con burbujas en la diestra, en su camisa un lamparón. Noto un cariñoso pinchazo de dedo índice en las costillas y nuestra mesa entona una ovación. Al volverme doy con Judith, la estríper, que me guiña un ojo al tiempo que pregunta:

—Bueno, ¿y quién es el afortunado?

Vitores y aplausos y la pantomima da comienzo. Son momentos de la noche antropológicamente desconcertan-

tes e inequívocamente grotescos. Una presentación picante da paso a los primeros escarceos eróticos, soy el único que sigue comiendo de su plato. Las jaleadas de los borrachos bastarían para cortarle el rollo a cualquiera, y a fuerza de ver este tipo de cosas una y otra vez, el deseo hace ya tiempo que no se presenta. Me estoy meando hace rato, conque de un trago apuro mi copa y aprovecho para escabullirme al lavabo.

—Tú tranqui —me susurra Ernesto, aparentemente tan poco motivado como yo—, que estos son de mucho ladrar y poco morder.

El retrete es ya de por si un mal viaje, así que si algo siento es no tener nada con qué rebozar el hocico. Los azulejos de la pared son rojos, roja es la pila y roja la taza de tu vientre, amén. Un colorado descolorido que ataca a los ojos y a la cordura.

El champán, por su parte, me ataca al cerebelo y al aparato digestivo.

Mientras orino, aprovecho mis momentos de intimidad para entreabrir el esfínter de canto y conceder la libertad a mis vientos intestinales. Arropada entre la porcelana roja y bajo los tubos fluorescentes, la meada toma unos tonos irisados la mar de inquietantes.

Diecisiete años atrás, Ernesto tiene una cresta, la cara llena de granos y un careto que invita a la burla.

Diecisiete años después, tiene una esposa preciosa, un empleo estupendo, incluso un grupo de amigos.

¿Qué tengo yo?

Dios mío, dios mío, ¿en qué me estoy convirtiendo?

Corrección: ¿En qué me he convertido?

Allá afuera me esperan cinco borrachos y una señorita que cobra por enseñar las tetas.

En casa, una madre chiflada y una montaña de facturas que no puedo pagar.

En el banco, una cuenta corriente que luce siempre una rayita horizontal frente a la cifra de saldo.

¿Y a ti quién te espera, pequeña mía?

Sí, a ti te lo digo, la que suelta el chorro, no te hagas la loca.

Ya, bueno, yo tampoco tengo palabras.

En el retrete de al lado, alguien se sorbe las narices ruidosamente; otro lanza una carcajada. Un puño se arranca a aporrear mi puerta y luego la emprende con la de al lado.

—¡Ocupado! —grita desde el cubículo contiguo un vozarrón que casa con la risotada previa.

—¡Ocupado! —grito yo desde el mío.

El aporreador lanza un gruñido y a continuación masculla algo en una lengua noreuropea de tintes vikingos, probablemente alemán.

Luego vuelve a golpear mi puerta: Pom pom pom.

Coño ya con el puñito.

Y encima salta el temporizador y se va la luz.

A tientas me guardo la polla y acaricio la pared en busca del interruptor, pero a fuerza de palpar aparece primero el pomo de la puerta. De un tirón la abro torciendo el jeta-men en dirección el rectángulo de luz artificial de que se abre frente a mí.

La chulería se me atraganta frente a la escena que se me ofrece: un ario largo y desgarbado sujeta del brazo a una rubita muy mona que está por caerse. La pobre chavala trae salpicada de comida y vómito toda la blusa. En su carita congestionada por el llanto, se abre de pronto una enorme boca. La chavala nos muestra el paladar, del que penden tres frágiles estalactitas de baba parda. El plañido arrecia, y por entre los ruidines gorgojeantes, la chica malpronuncia:

—Gggñññ... ¡Hijo de putaggh...!

Y rodeándome se mete en el retrete, asistida por el nórdico desgarbado, que me echa una mirada furibunda al pasar junto a mí.

Simultáneamente al cierre de la puerta, se abre la del retrete del lado, de la que salen dos repeinados con aspecto universitario y ropa de vestir.

Ojalá tuviera arrestos para pedirles un piquillo y ponerme un poco a gusto. Algo me dice que me va a hacer falta.

Pues anda que no, confirmo tan pronto bajo al piso inferior y me planto en el comedor.

¿Pero qué cojones ha pasado aquí?

El ala del restaurante donde se hallaba nuestra mesa está revolucionada. Algunos miembros de las mesas adyacentes han salido al pasillo y otean sin rubor por encima de nuestro biombo.

—¡Que pares ya, hijo de la gran puta! —exclama tras este una voz en la que creo reconocer a Manel.

A paso apresurado me llego al foco de atención y allí doy de cara con el desastre: abrazados como dos púgiles de lucha mexicana, César y Manel forcejean sin piedad. La pared luce fragmentos de comida de diversos colores; la mitad de los recipientes de la mesa han volcado. Los dos contendientes trastabillan doblegados, temblando a causa de la tensión. La contienda se decidirá en cuestión de segundos. Un coro de pacificadores se cierra en torno a ellos, delimitando el cuadrilátero, tironeando de sus camisas, rogándoles que lo dejen ya, hasta que, por fin, con un último esfuerzo, César consigue someter a Manel e introducirle la cabeza en la gran perola de vichisúá.

Los pacificadores abandonan sus tímidos tirones para entrar a matar, pero para entonces el vencedor ha soltado ya a su presa. Salpicado de comida de la cabeza a los pies, César levanta los brazos en señal de victoria.

—¡Ya está, ya está! ¡En paz, estamos en paz! —grita dando por zanjada la pelea.

Loco de frustración, Manel se le arroja encima de nuevo pero, cegado por la papilla francesa que le escurre por el pelo, va a dar de bruces con la mesa, momento que los pacificadores aprovechan para terminar de reducirle.

La mesa oscila. La gran perola se derrama y empieza a chorrear por el mantel. Me veo dando un paso atrás.

Manel se debate en su ceguera unos instantes más, pero pronto comprende que todo ha terminado. Las fuerzas le abandonan.

Busco a Judith con la mirada. La encuentro descarrándose de risa en silencio, parapetada en un rincón. También a algunos de los muchachos se les comienza a abrir paso hasta la boca una sonrisa que, paulatinamente, reconquista territorio a la circunspección.

Lo solemne se ha ido transforma en grotesco, la catástrofe en juerga. El espíritu de la festividad se apodera de nuevo de los ánimos de todos estos desgraciados. Ahora están más contentos que nunca, porque apenas son las doce y tienen ya lo que venían a buscar: anécdotas que contar y recuerdos que poder usar en un futuro para redimirse de una vida de remodelaciones de cocina, letras del coche, cuentas vivienda, correo electrónico corporativo y mayonesa light. Sin un pequeño gran cataclismo, la despedida de soltero de Manel habría quedado deslucida.

Ni Manel ni el maître ni el personal del restaurante parecen compartir esta opinión.

Tampoco yo, si a eso vamos.

Se supone que mi trabajo consiste precisamente en evitar que este tipo de cosas sucedan.

Con la mandíbula retemblando de rabia, Manel se enjuaga el pringue del careto con una servilleta blanca.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto posándole la mano en el hombro.

—¡Déjame! —se me sacude de encima el interfecto.

—Venga, Manel, tranqui. Haya paz —salta alguien a mi espalda, pero para entonces Manel se abierto ya camino entre nosotros y se interna en el restaurante alejándose del corro, buscando el retrete.

—¿Pero qué coño ha pasado? —insisto mirando a mi alrededor con las palmas vueltas hacia arriba, la diestra emporcada tras el contacto con Manel.

—Ha empezado César, tirándonos buñuelos durante el estriptis —explica Ismael.

—¡Eh, y una polla! —dice César—. ¿Quién es el que ha empezado a lanzar los cubiertos y los cacharros? Está como una puta cabra. ¿Quién se ha creído que es?

—¡Joder, un poco de manga ancha, tío, que el chaval se va a casar! —dice uno de los que han llegado en la última hornada.

—Que le den —alega César por toda defensa.

Jorge interviene confundíendome aún más. De la atropellada ronda de intervenciones que sigue a continuación, saco en claro lo siguiente: que César ha disparado una cucharada de puré a la cara de Manel; que Manel ha echado mano entonces a la bandeja de buñuelos y le ha lanzado un puñado a César; que César le ha devuelto la bandeja entera; que salpicados y manchados, el resto de comensales se han sumado al conflicto y la cosa ha derivado en batalla campal. Manos y manos disparando gambas, cebollitas de virginia, tomates cereza, Judith refugiándose y abotonándose la camisa, el estriptis interrumpido en favor de una disputa con formato escolar. Cuando los proyectiles han comenzado a escasear, Manel ha recurrido a la vajilla y a César le ha impactado un bol en plena frente.

Entonces: el cuerpo a cuerpo.

—Mira, mira —denuncia César arremangándose el pelo, mostrándome una zona ligeramente enrojecida sobre su ceja izquierda. Su respiración silba como silbaba la de papá a veces, alertando de un ataque de asma inminente.

—¡Que no he sido yo, cacho subnormal! —rebate Manel, que acaba de regresar de su excursión al baño. En la perilla cobija aún un grumo anaranjado. Bajo su alborotada y mojada pelambreira luce una expresión iracunda, pero entonces se detiene en seco y comienza a tambalearse al borde de las lágrimas. Recorre con la mirada la mesa hasta dar con un paquete de Camel, le echa mano y se sienta en una silla. De la cajetilla saca un cigarrillo mojado que se apresta a arrojar contra la pared con rabia.

Quisiera chasquear de dedos y desaparecer, pero no puedo. Soy un autómatas que funciona con facturas y voy a tope de combustible.

Le estoy explicando al maître que la compañía tiene un seguro que cubre este tipo de incidentes. Ni falta hace decir que me lo estoy inventando, pero al maître le da exactamente lo mismo. A juzgar por su expresión, también él quisiera desaparecer y tampoco puede. En consecuencia, insiste en que seamos nosotros quienes nos esfumemos ahora mismo de su local. De lo contrario, llamará a la policía. Es entonces cuando, a nuestra derecha, se desencadena otra trifulca. Alguien grita, alguien más bracea y amenaza con llegar a las manos en un castellano apenas inteligible.

Es el alemán. Su chica se ha echado una chaquetilla sobre la blusa. Dos miembros de mi grupo están intentando razonar con él.

Por lo que consigo entender, durante la tangana su novia ha recibido en la cabeza el impacto de un tazón que ha volado por encima de nuestra mampara. El shock le ha dado tal mareo que se ha arrancado a devolver.

—¿Quién ha sido? ¿Eh? ¿Quién? —pregunta una y

otra vez el alemán con acento ario, pero todos en mi grupo niegan la autoría del atentado. Ella parece haberse sosegado, y luce una expresión triste y apática. Jorge trata de apaciguar a su maromo y se lleva un bofetón. Un camarero le reprende y pide paz, y a cambio recibe un empujón que le hace retroceder dos pasos.

La tensión crece. La chavala está que tiembla de miedo. Su chorbo, de rabia.

El maître nos da un minuto de reloj para evacuar.

El alemán *exige* que se llame a la policía. Chilla y amenaza y se arranca a descargar puñetazos sobre la mesa. Las escasas copas que se mantenían en pie tras la trifulca de papeo, van cayendo derribadas por los sucesivos impactos. Una actitud que no le está granjeando los favores del gran público.

Manel y Ernesto le miran como a un bicho raro, lo mismo que el resto del restaurante.

El maître dice si tenemos algo que solucionar, lo hagamos en la calle. Que si queremos matarnos, adelante, pero fuera, viene a decir.

El alemán levanta la mano en dirección al maître como para asestar otro bofetón.

Al maître se le ponen los ojos como platos.

A la chavalilla accidentada también.

El alemán baja la mano. La discusión prosigue.

Estoy harto de andar en círculos pidiendo tranquilidad. La cena está incluida en el paquete y no hay nada que pagar, conque echando mano al perchero, comienzo a repartir cazadoras aleatoriamente y a empujar a los subnormales que me quedan más a mano hacia la puerta, confiando en que los demás nos sigan por aquello del espíritu grupal.

—¡Nos vamos que nos vamos! —anuncio—. Venga pa-

ra afuera, que como nos descuidemos terminamos la discusión en comisaría.

Donde terminamos discutiendo es en la puta calle, con el germano. El tío persiste en sus actitudes de profe de instituto, insistiendo en que el agresor de la chavalilla se inculpe por el bien de todos.

Sólo que ya no estamos en el instituto: aquí todos tenemos los treinta cumplidos.

La chavala parece de veras buena gente, y comienzo a sentirme mal. En su mirada se lee incomprensión y nada más. Somos un atajo de chusma a la que quiere perder de vista, futuros protagonistas de una anécdota que, a diferencia de la de los amigos de Manel, sonará tenebrosa la mar. Es precisamente la chica quien, a base de susurrarle a su novio al oído como a un caballo, consigue finalmente convencerle de que lo deje estar. No sin que antes asistamos a un intercambio de datos en la más pura línea del parte de accidente. Manel le cede su deneí a regañadientes, y tras tomar buena nota, el vikingo se marcha del brazo de su chica prometiendo denunciar.

Juntos doblan la esquina y dejo escapar un suspiro de alivio.

—Anda que te zurzan —masculla Manel devolviendo la cartera al bolsillo trasero de su pringoso pantalón.

Bienvenidos a las alegres noches de Fiesta.

Fiesta es una sociedad limitada compuesta por tres individuos. Josefina lleva reservas y promoción, y también la contabilidad; Manolo se encarga de organizar la despedida propiamente dicha, procurando a los desgraciados lo que haga falta, desde el minibús a la estríper. Qué hace Roberto, el tercer miembro del equipo, sigue siendo un completo misterio para mí. Así suele suceder con los jefes.

Luego estamos los guías. Los únicos requisitos para optar al cargo son haber rebasado los veinticinco y saber

mantener de cabeza fría en pleno apocalipsis del jolgorio. No desmadrarse con las substancias, no unirse jamás a la juerga, tener paciencia, saber manejar a la piara, esas son las reglas.

No hay contrato y se cobra por noche trabajada, esas son las reglas.

Si te has atendido a las reglas, a final de mes, un sobre sin membrete cambia de manos en un piso de la calle Diputación.

Es así como decenas de piterpanes sin oficio ni beneficio recorremos la ciudad cuidando de perfectos desconocidos de las más diversa edad, etnia y condición social; cenando cenas apalabradas en restaurantes espantosos mientras Judith y las otras se contornean al resguardo de las mamparas.

Como todo reglamento que actúa contra natura, la normativa de Fiesta es frecuentemente quebrantada en acto de servicio: no somos pocos quienes reinvertimos buena parte del dinero ganado en copazos y substancias que nos garantizarán una caraja monumental un mínimo de dos noches a la semana.

Lo cual, por otra parte, nos garantiza escapar temporalmente de nuestras vidas y de nuestras cabezas, que es un poco lo que veníamos buscando todos.

A fin de cuentas, los guías somos gentes que no corremos peligro de desestabilizarnos porque nuestras vidas son pura inestabilidad.

La letra tácita del inexistente contrato afirma que estás en tu derecho de destrozarte, siempre y cuando el desguisado mental resultante no interfiera en tu trabajo.

Pero cómo no destrozarse si buena parte de nosotros estamos ya hechos pedazos, reflexiono al volante del minibús. Resulta ridículo vernos a los ocho aglomerados en los asientos delanteros de un vehículo de veintidós plazas. Se-

gún muestra el retrovisor, César se chupa el dedo, lame la cartera, asiente y le pasa la papelina y el turulo al siguiente. Todo ha vuelto a la normalidad.

O casi todo.

Abstraído y derrotado, Manel fuma con cara de circunstancias en su rincón. Menuda pesadilla, todo está saliendo mal. Para empezar, su despedida de soltero no ha gozado del poder de convocatoria esperado, lo cual podría indicar que nos hallamos frente a un hijoputa de campeonato.

O frente a un individuo lo suficientemente persona como para no interesar un pimiento a nadie.

Tal vez el champán le haya desbaratado el cerebro, pero durante la primera mitad de la cena su comportamiento ha sido ejemplar. Con la mueca doblada en una sonrisa de pega, se le veía totalmente ajeno a la parloteante conmoción de alcoholemia y cretinismo que se desataba a su alrededor. A estas edades, parte del personal ha perdido el oficio de la noche. Cuando Judith ha comenzado a contornearse a su espalda y a masajearle las clavículas, era obvio que Manel se moría porque la tierra se lo tragara. Para entonces estaba muy piripi, pero había jugado mal sus cartas y aún conservaba cierto control.

Muy mal hecho, Manel, así no vamos a ninguna parte. Mírate qué cara llevas. Lo único que te podría haber salvado del resto de humillaciones que te aguardan esta noche era una curda capaz de borrarlo todo para siempre con goma de alcohol.

O la sobriedad suficientemente como para pegar media vuelta y largarte a casa después de la inmersión a pulmón libre en vichisú.

Pero ni lo uno ni lo otro, conque ahora a apechugar.

Y por si te quedaba alguna duda, ahí se levanta de

nuevo el clamor subhumano y comunal de tus colegas, coreando:

—¡Por el Manel, que se arremanga la piel!

—¡¡Por el Manel!! —concluye la cuadrilla expeliendo una vaharada alcohólica.

—¡Y por Victoria, que le pondrá en la gloria!

—¡¡Por Victoria!!

No, ninguno de ellos es ya profesional de la noche. Lo único que saben estos de profesiones está conectado con despachos y redes inalámbricas, con auditorías y memorandums. Los giros de sus conversaciones —primero mujeres, luego pedeads, a continuación chistes y finalmente una serie de televisión— les delatan como integrados estándar que se han conseguido una parcela donde labrarse el futuro. Para la mayoría de ellos, esta será la única oportunidad de echar una cana al aire que se les presentará en meses. El juerguista de pro sale de antemano con las ilusiones gastadas de quien repite trámite, pero este grupo de carcamales tempraneros lleva una vida lo suficientemente vacía como para que todo esto les parezca de lo más molón.

Y cuanto más integrados, más retorcidos los monstruos que les asoman bajo la piel cuando se desmadran.

Cuanto más integrados, más enferma la cabeza y más podrido el corazón. Una vez acompañé a un ejecutivo de treinta y dos años que, en un momento dado de la noche, mientras discutíamos sobre adónde ir, vio cómo un saltimbanqui piesnegros se subía a un banco público, daba un salto mortal atrás en el aire y aterrizaba de pie en el suelo. El jipi terminó su botellón y se largó. El ejecutivo verificó que nadie estaba por él, se llegó al banco haciendo eses, se encaramó al respaldo, giró en precario equilibrio sobre su borde, y se lanzó de espaldas al aire, donde dio una perfecta voltereta para aterrizar limpiamente sobre sus mocasines.

Entonces reclamó nuestra atención, y antes de que pudiéramos detenerle repitió el proceso. Su cabeza detonó contra el pavimento y se abrió como un melón maduro.

Luego estaba aquel charcutero que, para estupefacción de todos, derribó a una joven que pedía en la barra y trató de estrangularla contra el suelo a gritos de «¡puta nazi, quieres a matarnos a todos!».

Conocí a un cocainómano extremeño que creía que la virgen le iba a castigar porque había dejado preñada a su novia antes del matrimonio. Y a un marica que no cesaba de llorar mientras se preguntaba en voz alta: qué estoy haciendo, qué demonios voy a hacer.

Luego dicen que de taxista conoces gente.

—¡¿Quién le pondrá en la gloria?!

—¡¡La Victoria!!

—¡¿Quién se arremanga la piel?!

—¡¡El Manel, el Manel, el Manel!! —ovaciona en pleno mi gente.

Con la bragueta abierta, la frente contra la ventanilla del minibús y la coleta ondeando al viento, Manel va recuperando las maneras conforme la farlopa y la botella de champán de la que chupa le van haciendo efecto. No es exactamente alegría, es como si entrara en un estado zen de aceptación que le notificara que todo cuanto puede hacer es cumplir con lo que se espera de él, relajarse y disfrutar. Los bares de copas son desestimados para dar directamente paso a la discoteca, y cuando llegamos, Manel es el primero en desfilar por la rampa del parking rumbo a la farra final en un gesto cargado de épica. El portero va rompiendo las entradas conforme nuestro grupo va entrando en el local. Ernesto y yo nos quedamos algo rezagados y le ofrezco fumar un porro de esquinilla antes de entrar, por los viejos tiempos. Hay trato.

La marijuana pega fuerte e inicia una fulminante

combinación con el alcohol. Ernesto comienza a hablarme sobre teatro, sobre una obra titulada *Ha sido sin querer*. Un aluvión de palabras que no consigo registrar. Sigo fascinado por cómo ha crecido. Mi viejo amigo es ahora un señor con pantalón de pinzas y bigote impecable, y al mismo tiempo es también aquel chaval paliducho con flequillo que durante el instituto fue blanco de todas las judiadas imaginables.

La corriente temporal se arranca a pegar una serie de requiebros extraños y tan pronto nos veo aquí como allá.

Diecisiete años atrás, en el descampado de La Carbonera, tiene lugar una situación paranormal. Marc se nos acerca, y ambos levantamos la mirada. Ernesto, acostumbrado a pillar como está, tuerce la mueca bajo su cresta. Marc no es del todo mal tío. Es sólo que sabe lo que le conviene, y en ocasiones no puede permitirse quedar como un débil ante los suyos. En consecuencia, de vez en cuando se ve obligado a repartir un par de tortas gratuitas.

Sin embargo, esta vez viene en son de paz: Marc nos anuncia que van a jugar un partido y les falta un jugador, que si nos queremos apuntar.

Ernesto le mira estupefacto, como preguntándose si es posible que el ofrecimiento le incluya a él.

Yo niego con la cabeza.

Ernesto está entusiasmado, por fin llegó su oportunidad. De un salto se levanta y dice sí gracias. Desde la grada le veo emprender su carrera en pos de la gloria, detrás de Marc.

Anda que no ha corrido desde entonces.

A un parpadeo de distancia, ahí le tenemos de vuelta, tendiéndome la tacha del canuto en la noche cerrada barcelonesa.

Niego con la cabeza y Ernesto lo finiquita. Sus ojos están enrojeciendo y sus párpados han caído un tercio del

recorrido. La mandanga le propulsa la cabeza en la estratosfera y su familia le mantiene los pies en el suelo. Ha logrado sacar el cuerpo del fango y salir adelante, y de pronto me veo conmovido por una mezcla de ternura y envidia.

Pronto se interrumpe cuando pienso en qué estará haciendo nuestro grupo dentro.

Así es como entramos Ernesto y yo en la discoteca: con los ojos achinados y paranoicos perdidos.

Me siento como quien lleva largo tiempo extraviado en la tiniebla y da de repente con un punto de referencia. Ahora que sé dónde estoy, comprendo que estoy más perdido y más lejos de la salvación de lo que imaginaba.

Ahí están mis muchachos. Todo parece en calma.

Con la cabeza todavía zumbada por el humo, me siento lo suficientemente distendido como para tomarme la confianza de decir:

—Joder con el César este, ¿de qué le conoces? ¿Con la que ha liado y ni siquiera se marcha?

—Desde hace unas semanas Manel y él se traen un rollo raro, pero tranquilo, que son muchos años de amistad y en el fondo se quieren como hermanos. No llegará la sangre al río.

Una pequeña ensalada de carne y acrílico salta y danza al dictado de la música; aún es temprano y el local está medio vacío. Para acudir a un sitio así a estas horas hace falta estarlo por completo, y mi grupo demuestra dar el perfil vaciando vasos de tubo y meneando las caderas como sólo un oficinista sabe hacerlo. Incluso Manel parece haber superado el incidente del restaurante o tal vez sea que no lo quiere recordar.

También yo quisiera olvidarlo todo y empezar de nuevo.

Cansinamente me acerco a la barra y Ernesto vuelve sobre *Ha sido sin querer*, la obra que, según me cuenta, es-

cribe y dirige Rafaela Steinacker, una vieja compañera de curso.

Me cago en dios, otra que ha llegado.

—¿Y dónde dices que la echan? —pregunto por aquello de cumplir trámite.

—En la sala peque del Teatro Nacional. Es que hay en un ciclo dedicado a mujeres escritoras o no sé qué. La estrenan en un mes y pico, Ángeles y yo vamos a ir, ya hemos reservado entradas.

»Que ahora que lo pienso, te podrías venir. A Ángeles siempre le caíste bien.

Mi cabeza comienza a moverse erráticamente en direcciones que ni afirman ni niegan, como si a fuerza de agitarla, la excusa que se fragua fuera a sonar más razonable, pero César irrumpe ahorrándome la faena. Metiendo el hombro entre ambos, pregunta:

—Una cosa... ¿Quién ha sido? —pregunta.

—¿Eh?

—El que le ha tirado el bol a la chavala del alemán —aclaro César; y en dirección a mí—: ¿Tú has visto quién ha sido?

—Yo estaba meando —digo.

—Hombre, lo de aturdirlos de un golpe para poder meterla en caliente sin que opongan resistencia encaja con tu modus operandi —dice Ernesto—, la verdad es que te pega.

El grandullón chasquea la lengua, nos lanza una mirada condescendiente y se vuelve con los suyos.

Superviso de nuevo la pista. Manel parece parlanchín y dicharachero.

Durante la siguiente ronda de cubatas, la atención se me despista y cuando quiero darme cuenta ya estamos de nuevo Ernesto y yo intercambiando información sobre nuestros respectivos periplos vitales. Como suele suceder

en estos casos, tanto se han distanciado entre sí el suyo y el mío, que terminamos otra vez refugiándonos en la nostalgia. Los papeles se invierten y ahora somos nosotros quienes pasamos revista a los profesores, quienes desaprobamos las decisiones de nuestros padres, quienes tratamos de poner orden en nuestro caos de recuerdos en lo que bien podría ser nuestro mejor trabajo escolar. Ernesto lo disfruta a manos llenas, y también yo. Sobreexcitado por la mezcla, me devuelvo a aquellos años de mierda que de pronto ya no parecen tan malos, como tampoco lo parecerá la que se ha montado esta noche cuando se recuerde pasado un tiempo. Lo de siempre: la catástrofe domesticada en anécdota. Hay guerras que vistas en perspectiva parecen buenas, y a medida que bebemos, es como si el vaso medio vacío de ayer pareciera de pronto más lleno que el de hoy.

Cuando queda vacío del todo, se añoran hasta hasta los posos.

Las horas transcurren, el escenario persiste.

Mi vejiga comienza a dar guerra. El trayecto hacia el lavabo me devuelve a mi lugar.

A puerta cerrada en el retrete, ensordecido por la música, bajo la tapa y me siento a fumar. Allí reina la paz suficiente como para que las toxinas viren por el ventrículo equivocado y la metafísica tome las riendas de mi estado. Mi edad me da vértigo, me siento empequeñecido, minimizado por el transcurrir del tiempo y la entropía universal. Mi vida desde que terminó el instituto podría resumirse en una docena de frases. Por más que rebobino no se me ocurre gran cosa destacable, y lo poco que se me ocurre no es divertido de contar.

Por si fuera poco, un puño se arranca a golpear la puerta, trayéndome a la memoria al alemán.

—Gggñññ... ¡Hijo de putaggh...! —dice su chavala en mi recuerdo.

—En este también hay bicho —dice una voz patinosa al otro lado de la madera.

Joder, estoy a punto de llorar.

Una vez más, el reloj ha tomado el atajo que toma siempre por las noches y, según constato de vuelta, son ya las tres de la madrugada. Ernesto se ha unido a los bailongos. Manel se ha sacado la camiseta por fuera, y con los brazos en alto mueve el esqueleto enseñando el ombligo. Al verme supervisando la escena con careto de circunstancias, Ernesto, se acerca a mi rincón en la barra y me pregunta si no me animo a bailar un poco.

—No sé, tío. Es que es como muy raro, ¿no? O sea, que después de tanto tiempo estemos aquí los dos con treinta y pico años...

Conforme voy hablando, el rostro de Ernesto se contorsiona en un esfuerzo por descifrar adónde quiero ir a parar. Su oído se aproxima más y más, pero las palabras no me salen y los músculos de su cara van cayendo en laxitud, uno por uno.

Al levantar la mirada y dar con la mía comprende que no me dirijo a una celebración de la madurez, sino a un rincón oscuro de donde ninguna droga podrá rescatarnos; que si sigo adelante, ninguno de los dos nos llevaremos precisamente un alegrón.

Agitando una mano frente a su cara, dice:

—Oye tío, no vengas ahora con acertijos que estoy supercolocado y la cabeza me va de lado a lado. Ya no somos chavales, vale, ¿y qué?

—Claro, a ti te van bien las cosas, pero para serte absolutamente franco, la mayor parte del tiempo me siento atrapado en un atolladero. Tengo que mantener a mi madre, joder, apenas llego a fin de mes. No tengo intimidad ni dinero, en eso mi vida no ha cambiado. Y tentado estoy de dar gracias por ello, porque la inmensa mayoría de los cam-

bios, si quieres que te diga, han sido a peor. Todo obligaciones y responsabilidades, y... y yo qué sé, menudo rollo te acabo de pegar.

Las malas jugadas que te juega la boca.

La castigo con humo de cigarrillo y añadido:

—Mira, últimamente estoy un poco agobiado, no me hagas mucho caso, ¿vale?

Me llevo el cubata a los morros y zambullo la vista en las profundidades del vaso para que no se note que me tiemblan los labios. Menudo bajonazo. Cuando las sustancias de fumar no sientan bien, las cosas pueden ponerse verdaderamente feas. Vergüenza me da mirarle a los ojos, pero Ernesto parece genuinamente conmovido cuando me echa el brazo por encima de los hombros y dice:

—Mira, si es por trabajo no nos vamos a pelear. Precisamente en el curro vamos a trasladar el almacén a Pueblo Nuevo y necesitamos personal. Tenemos uno en Vic y otro en La Garriga, pero en junio lo vamos a centralizar. ¿Novecientos euros al mes va bien? Ojo —dice Ernesto levantando la mano libre—, curro de oficinista y tal, ¿eh? Controlar los stocks y todo eso, seguro que para eso vas sobrado, ¿sí o no?

Me encojo de hombros y asiento un poco desconcertado.

—Pues ya está, venga, apúntame tu teléfono que ya eres nuestro candidato número uno.

Tras semanas fotocopiando mi cara y ensobrando currículums, la oferta adquiere tintes de espejismo y no estoy seguro de hasta qué punto merece la pena depositar mi fe en ella. En cualquier caso, garabateo mi número en la trasera de un posavasos y se lo tiendo a Ernesto. Sí, su emotividad es genuina, pero también lo es el colocón. La experiencia demuestra que las promesas de las cuatro de la madrugada son menos fiables que unos frenos encerados.

—¿Ves qué fácil? Hala, un problema menos, solucionado —dice doblando el cartón y metiéndoselo en el bolsillo—. Y no te cabrees conmigo, pero deja que te diga una cosa: una retirada a tiempo es la mejor victoria, sabes. Llegada cierta edad uno se harta de las barras y las pistas y busca un poco de tranquilidad. Alguien a quien tener cerca, alguien con quien te lleves bien, alguien que tire del carro y te haga avanzar. O que te deje tranquilo, eso ya va a gusto de cada uno, pero *alguien*, tío. Sabes de qué te hablo, ¿no? Quiero decir, que tú has estado casado durante una buena temporada, ¿no? Bueno, casado o rejuntado, ya me entiendes.

Perfectamente le entiendo, pero cuando las historias se tuercen, lo último que te apetece es de ponerte otra vez a probar. A no ser que seas una de esas criaturas que se apoyan en cuerpo y en alma en su media naranja hasta reventarla, y que entre reventón y reventón, deambulan con desesperación zombi sin nadie en quien apoyarse, sin nadie a quien reventar.

Con un *tráveling* de mirada, abarco el vivero que frente a nosotros se agita como un solo ser bajo las luces estroboscópicas.

Actores y actrices del show biológico. Predadores y presas que merman sus cabezas a copazos en busca del reblandecimiento mental óptimo para atacar y ser atacadas. Mediante lenguaje no verbal, se asignan roles. En el fondo todo resulta tan descarnadamente obvio que por fuerza tenemos que bloquear el intelecto primero, de lo contrario los impulsos reproductores no tendrían la menor posibilidad. Máquinas preprogramadas que juegan al libre albedrío en un entorno bombardeado con veintiséis mil vatios de sonido, un espectáculo demencial.

—Hay que probar de nuevo, chaval, que si no te me vas a anquilosar —insiste Ernesto como leyéndome el pen-

samiento—. De aquí arriba, digo —aclara señalándose la cabeza—. Bueno de abajo también, y ese es el problema, que si lo de abajo no furula, lo de arriba tampoco, y comienzas a darle y darle al tarro y ahí sí que la has cagao. ¿Que somos mas mayores que ayer? ¿Que al final de la historia te mueres? Eso ya lo sabemos todos, hombre. Pero si ahora estás bien, ¿para qué coño te vas a poner a pensar en lo que vendrá después? Es el no future y el carpe diem todo en uno, relajarse y disfrutar. No tiene nada de malo. ¿Sabes una cosa...?

En breve él y Ángeles van a ponerse a buscar un crío; ese eufemismo para indicar que las multinacionales del preservativo y de la píldora anticonceptiva están por perder un cliente durante un lapso de tiempo indeterminado. En mi cabeza drogada: la imagen de un pediatra frotándose las manos. Ahora es a mí a quien le da la risa.

—De punkie a padre de familia numerosa y jefazo en una multinacional. Y dice que no pasa nada, el tío. Anda que no, Ernesto. Ya te estoy viendo sentadito delante de la tele mientras el crío escribe la carta a los reyes, menuda diversión.

—No digo que sea perfecto, pero mira, tú tendrás toda la libertad que quieras y saldrás de picos pardos por ahí todo lo que te dé la gana, pero en el fondo estás hecho para quedarte en casita, porque de lo contrario ahora, en este preciso instante, estarías pasándotelo cañón. Precisamente el rollo punkie iba de que hicieras lo que te diera la gana, y si lo que estás haciendo no te funciona, no sé a qué esperas para cambiar.

El razonamiento me deja la cabeza en punto muerto, y por más que intento reorganizarla no consigo darle gas.

—¿Y con la tipa aquella con la que vivías? ¿Qué pasó? —pregunta Ernesto entonces—. No hace tanto que cortas-

teis, ¿no? A lo mejor es cosa de volverlo a intentar. ¿O se ha echado novio entretanto?

—¿Eh? No, no, qué va. Pero créeme, la cosa no va a ningún lado y segundas partes nunca fueron buenas.

—Bueno, ¿alguna cosa en perspectiva pues?

Niego con la cabeza.

—Tengo una prima que te va a encantar —comienza a decir Ernesto, pero en estas que Manel se planta ante nosotros jadeando como un perro. Con los ojos desorbitados, comienza a agitar los brazos como si tocara la batería, y cuando los bombos se aceleran en un redoble electrónico que culmina en un acople de saturación, Manel los sacude frenéticamente hasta que se desdibujan como la hélice de una avioneta girando a pleno gas.

—¡Uaaangh! —chilla colorado como un tomate, completamente fuera de sí.

—Traaaanqui, chaval, que te vas a salir —le dice Ernesto levantando las cejas en mi dirección.

Con un «Oeeeeo» demoníaco, Manel se vuelve al bollo desplegando los brazos como si fuera a volar. En el último momento corrige la ruta, vuelve hacia donde estamos, nos echa los brazos por los hombros y tira de nosotros hacia abajo de modo que nos vemos obligados a doblar ligeramente el espinazo. En su careto perlado de sudor se abre una boca que dice:

—Nos vamos.

—¿Eh? ¿Adónde?

—Fuera. Vámonos fuera, que no puedo más.

Definitivamente por las noches los relojes corren más, pero también los metabolismos se desgastan más aprisa y hay quien no está preparado. A la salida, todos parecen lo suficientemente acabados como para hacer sospechar que la farlopa no era de calidad. Jorge y sus tres amigos anuncian su retirada. El comando pierde pues a cuatro de sus

miembros, que tras intercambiar los apretones de manos de rigor con los resistentes, marchan a sus casas a dormir la mona. Los tóxicos han bajado por la misma escalera que subieron, dejando a la mayoría de los supervivientes del grupo en un estado de aplatanamiento que augura que queda poca noche por delante. Despatarrados por los asientos del minibús, César, Manel, Ernesto e Ismael celebran una asamblea cuyo objetivo es determinar cuál es el paso más conveniente ahora. Alguien menciona un after del Pueblo Español, pero comienzan a levantarse opiniones en contra.

Normalmente las habría secundado todas y habría recomendado que imitáramos a los desertores, pero me aterra pasarme la noche dando vueltas en la cama para amanecer en un mundo sin chispa ni gracia.

En consecuencia sugiero:

—Hombre, el taller donde trabajo no está lejos y tengo llaves. Tenemos un equipo de música la mar de guapo, y en la neverita siempre hay cervezas. Podemos ir allá a tomar la última.

La propuesta cosecha el voto de Ernesto y es acto seguido ratificada por el resto de la cuadrilla, a excepción de Manel, que ha caído ahora en una especie de estupor etílico que ruego no derive en coma. El bus arranca y todos se sientan al fondo. Las charlas aminoran volumen y tono mientras conduzco de semáforo en semáforo. Llegado cierto punto, Ernesto cruza el pasillito y toma asiento junto a mí en la butaca del acompañante, pero no dice nada.

Desde su butaca, César me pregunta:

—Oye, tú, ¿y cuánto llevas de mecánico?

Su respiración sisea de nuevo instigada por el asma.

—No no. Es un taller de tatuajes. En realidad viene a ser una tienda.

—¿Curras haciendo tatuajes?

—Ajá —respondo, y oteando por el revisor—: Oye, ¿está bien vuestro colega?

—Estoy de puta madre —grazna Manel emergiendo de su atontamiento.

—Déjale, que casi mejor así —me susurra Ernesto—. Es tope buen tío, pero tal como va...

Llegados a nuestro destino, aparco el minibús en doble fila y dejo la persiana entreabierta para controlar a la urbana. Desplegamos tres sillas enfrente del sofá y reparto cervezas anunciando que, efectivamente, esta va a ser la última porque sólo queda un pack de seis. César curiosear el instrumental y luego pasa a los catálogos y a los flyers. El amuermamiento es ya total, y el adocenamiento está dando al garete con la complicidad que hemos compartido en la barra Ernesto y yo. Apalancado en mi silla, estiro las patas y me dispongo para el apalancamiento mientras Ismael cuenta algo de no sé qué peli que están dando en el Plus. Comienzo a arrepentirme de haber prolongado la noche más allá de lo necesario.

¿De lo necesario para qué?

—Con esto no tengo ni para empezar —protesta César levantando su lata—, luego vamos a la gasolinera a por más. Oye —me dice mostrándome una página al azar del catálogo—, ¿y esto es lo que tú haces? ¿Sabes hacer...? —las páginas desfilan hasta que da con uno que le parece lo suficientemente complicado—. Este, por ejemplo este. ¿Lo sabrías hacer?

Me encojo de hombros y digo:

—Sí.

—Joder, tío, pues tiene su mérito, no te digo que no —dice asintiendo y curvando las comisuras de la boca hacia abajo—. Yo tengo un tatu, ¿sabes?, y la verdad es que tengo que repasármelo desde hace la tira. ¿Me haríais precio?

—Algo se podrá hacer —digo.

—¿Es tuyo este sitio? —y sin esperar respuesta, me muestra otra imagen y pregunta—: Oye, ¿y esto?

Un gran felino anaranjado a franjas negras me observa desde la lámina.

—El tigre también lo sé hacer, sí —digo.

—No, digo que ¿qué significa eso de «fuerza y riqueza»? —aclara repasando la leyenda inferior con el índice en el más puro estilo karaoke.

—Ideas del jefe. Nada, que en teoría es un símbolo para recibir fuerza y riqueza.

—¿Recibir de quién?

—¿Eh?

—Porque para que uno reciba, otro tiene que dar, ¿eh, Manel? —le pregunta a nuestro homenajead, pero Manel está completamente fuera de juego. Ni siquiera ha abierto su lata de cerveza y dormita. Mirando en derredor en busca de adeptos, César pregunta entonces:

—Eh, tíos, ¿nos hacemos un tatuaje o qué?

—Anda ya. Se te va la olla —repone Ernesto.

—Venga, coño, animaos. Algo chiquito, para acordarnos de esta noche para siempre.

—Me temo que voy demasiado ciego para ponerme a ello, o sea que id olvidándolo —atajo. Pero para entonces César ha puesto ya en marcha la aguja.

—Apaga eso, anda —le digo chasqueando la boca con fastidio, pero el tío no hace ademán de desistir.

—Caballeros, vayan pasando que les voy a numerar como a los judíos, ¿quién va a ser el primero? ¿Quién quiere el 001?

Poniendo los ojos en blanco le repito que la apague.

César se acerca a Ismael.

—Venga, ve arremangándote que te lo grabo. Te va a quedar de puta madre.

—Vale ya, César —dice Ismael lanzando el brazo para

agarrarle la mano, pero César blande la aguja como una navaja y por poco no se lo deja señalado.

—¡Que ya vale, coño!, ¡que no seas gilipollas! —exclama Ismael.

Esto amenaza con acabar mal.

—Céesar, tío. Déjalo ya —insisto demasiado hastiado para levantar el culo de la silla.

—Ya lo tengo, ¿Y si tatuamos al Manolito? ¿No tenéis cloroformo o anestesia o algo así? Da igual: este no se entera de nada. Vosotros me lo mantenéis bien agarrado y yo me encargo del trabajo sucio.

Entretanto, Jorge se ha puesto en pie y ha tomado otra aguja de la mesa de instrumental. Al escuchar el zumbido que emite al arrancarse, César se vuelve y le planta cara.

—¡En garde! —grita Jorge haciendo una filigrana con su florín eléctrico.

Desplomado en su asiento, Manel sigue sin enterarse de una pija.

César hace un gesto con la cabeza en dirección a él y le pregunta a su compañero de armas:

—¿Le tatúo yo solo o me vas a ayudar?

Jorge se empieza a descojonar.

Busco la alarma en el rostro de Ernesto, pero parece divertido. Ismael parece ser el único que conserva suficiente sentido común, pero no quiere problemas: no me va a ayudar.

—Dejaaadlo ya, que el instrumental es caro y no es mío —reitero.

—El tigre no me sale seguro, pero si vamos de rollo graffiti, hasta yo me veo capaz. «Soy un comemierda», eso es lo que le vamos a poner... ¡aquí! —dice acercando peligrosamente el artefacto al bello durmiente.

La aguja zumba a dos centímetros de la frente de Manel.

César se pasa la lengua por el labio superior y sisea una risita extraña.

—¡¡Joder!! ¡¡Vale ya!! ¡¡Parad de una puta vez!! —grito verdaderamente cabreado. Manel entreabre entonces los ojos y César no atina a retirar el agujijón a tiempo para sustraerlo a su mirada. La visión del instrumento eléctrico y zumbón le ha arrancado un gritito, y agitado e ileso, mira a su alrededor.

—¿Qué hacéis?!, pero ¿qué coño hacéis?! —farfulla paranoico perdido, el conocimiento recuperado, el ciego bulléndole de nuevo en la azotea.

—Eh, tío, que era coña, que ya está —dice César apagando la cacharra y devolviéndola a la mesa. También Jorge le ha dado al botón de *off* de la suya y ha depuesto el arma. Pero el Manel no va lo suficientemente ciego como para no darse cuenta de qué iba la cosa.

—¿Pero tú estás loco o eres subnormal?

—Tranqui, ¿vale? Era sólo una broma —dice César serio y desafiante. Pero Manel está ya haciendo intentos por despegarse del sofá, y al tercero lo consigue. En silencio, se echa la americana al hombro.

Ernesto le pregunta que qué hace.

—Me largo a pillar un taxi.

—Déjalo, hombre, nos acabamos la birra y nos vamos todos juntos —interviene Jorge en plan conciliador, pero para entonces Manel se encamina ya a la salida patosa y apresuradamente.

Portazo.

Ernesto chasca la lengua, se levanta y sale detrás.

Le dedico a César una mirada grave que no da muestras de acusar. Jorge e Ismael no hacen gesto alguno de levantarse del sofá.

Pero qué gente más maja, joder.

En noches como esta, se alegra uno de haber tachado a todos los amigos de la agenda.

Ernesto regresa a por su americana y anuncia que también él se va a largar. Acompañará a casa al agasajado y luego se irá a sobar.

—Y os aconsejo que hagáis lo mismo, que esto ya no da más de sí. Hala, ya nos veremos, que tengo al andoba esperando fuera, no se me vaya a escapar.

Antes de desaparecer, Ernesto me mira y añade:

—Bueno, chaval, encantado de verte de nuevo y cuídate mucho. Cuando se lo cuente a Ángeles va a flipar.

Y dicho esto, Ernesto sale de mi vida del mismo modo que entró, dejándome con la élite y el percal de repartirla por la Ciudad Condal. La resaquilla comienza a anunciármeme en la nuca y tengo un sabor oscuro en el paladar. Durante la siguiente media hora fumo y me crucifico por todas mis malas ideas mientras nos acabamos la cerveza. Las intervenciones menguan hasta alcanzar el cero absoluto.

¿Vamos terminando?

Por fin.

Tengo las manos frías e insensibles, y el volante se me escurre a cada viraje. Mi orientación no es buena y la borrachera no ayuda. Por dos veces consecutivas me paso de largo la salida de la ronda, y para cuando dejo a Jorge en Vallvidrera, el día ha empezado ya a clarear. De camino a Can Boixeres, la suerte querrá que a César le dé un ataque de asma y me haga parar. Tras vomitar contra una fachada, se sentará en el banco de una plaza dura, donde entre esteriores y ahogos me suplicará que le consiga su aerosol de los milagros:

—Ed... Mendolín...

—¿Perdona? —le preguntaré.

—...Mentolín...

—¿Cómo?

—...Mendolín... pod... favor...

—Perdona, pero es que no se te entiende nada de nada.

Se lo haré repetir tres o cuatro veces más, y entonces haré como que me dirijo a una farmacia de guardia. Después de detenerme en un bar de desayunos a tomarme una caña con toda tranquilidad, regresaré impostando premura y le alcanzaré el Mentolín que llevo siempre en la guantera del minibús para casos como este. Medio asfixiado, César le meterá un par de chupadas y luego me echará el brazo al cuello en un abrazo desbordante de agradecimiento.